

TREN AL PASADO

RELATO DE UNAS VACACIONES

GABRIELA BUILES VDA. DE GÓMEZ



GABRIELA BUILES
VDA. DE GÓMEZ

Lectora incansable. Participó durante tres años en el taller de escritores del profesor *Mario Escobar Velásquez*, de la Universidad de Antioquia.

Tren al Pasado es su primera obra publicada. Actualmente está en proceso su segunda novela, ambientada en el *Centro de la Ropa Manhattan*, donde vivió y trabajó por casi 20 años.



TREN AL PASADO

RELATO DE UNAS VACACIONES

GABRIELA BUILES VDA. DE GÓMEZ

ISBN: 978-958-44-7396-7



Autora

Gabriela Builes vda. de Gómez
negabriela@gmail.com

Edición

Luis Fernando Acevedo Ruiz
historiadela@gmail.com

Foto de cubierta

Carlos Rodríguez

Primera edición digital 2010.

Medellín, Colombia

ISBN: 978-958-44-7396-7



TREN AL PASADO

Relato de unas vacaciones

*Al pasado, sus personajes y
mis fantasías.
A mi hermano y su prodigiosa
memoria.
A don Rubén Mejía A. y su
reseña histórica de El puerto.
A mis propios recuerdos.*

Esa noche me sentía bien y en paz conmigo misma; era agradable mirar la vida como desde un balcón, sin las amarguras y las inquietudes de la juventud, cuando la soledad ha dejado de ser un problema para convertirse en un placer. Me encontraba en la quietud de mi cuarto con un libro, una copa de vino y la gata que ronroneaba tendida a mi lado en la cama; a las nueve y media timbró el teléfono, no tenía extensión y tuve que salir para contestar, lo que me molestó; al otro lado de la línea una voz de hombre:

-Perdone que llame a esta hora, pero me urge hablar con la señora Juliana.

-Con ella. Respondí, tratando de ser cortés.



-Soy Carlos Mejía, Juliana, ¿te acuerdas de mí?

Preguntó, en tono eufórico. Tardé solo unos instantes, habían pasado muchos años, pero ¿cómo no recordarlo? Eran mis tiempos de colegio y vacacionaba a mitad y final de año en El Puerto. Mis amigas y conocidas, ricas y pobres, las mujeres del barrio, así se le decía a la zona de tolerancia, todas y yo misma moríamos por él.

-¿Estás ahí? -dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

-¡Sí, claro!

Y, por decir algo,


-¿Cómo conseguiste mi número de teléfono?

-Eso no te lo puedo decir, tuve que insistir pero me lo dieron. ¿Sería posible que nos viéramos... qué tal mañana?

-Sí, contesté sin pensarlo.

Quedó en llamarme al día siguiente. Se me habían quitado los deseos de leer, me fui al saloncito contiguo a la sala donde solía escuchar música y me senté a recordar; el pasado, que había dejado en paz por años, empezó a proyectarse frente a mí como en una sala de cine. Muy tarde me fui a la cama, tuve que tomar agua de valeriana para dormir.

Temprano en la mañana llamó; tenía prisa por verme y yo sentía curiosidad de ver cómo era en la actualidad el hombre que había despertado el amor y la pasión de tantas mujeres y qué era el único sobreviviente del triángulo amoroso más sonado de la época.



Me arreglé con esmero, usé mi perfume favorito y fui a reunirme con él en un bar- cafetería cerca de la casa y al que él era asiduo. Si no se adelanta a saludarme no lo hubiese reconocido, rondaba los sesenta años pero aparentaba setenta o más, pasado de peso, la cara fofa se le caía a los lados y los ojos, de mirar idiotizado por el aguardiente, tenían una fijeza desagradable, sin noción del tiempo que había pasado ni de las marcas que su forma de vida le dejaron en el cuerpo y en la mente. No era ni la sombra del triunfador que conocí, pero con su seguridad habitual y esa mezcla de cariño y respeto que hacía que una se sintiese tranquila a su lado, me tomó por los hombros y me dio un beso en la mejilla diciéndome,

-Ven, vamos a sentarnos en la barra, tenemos qué brindar por este encuentro.

Pidió un aguardiente doble y yo un ron con breña que me fui tomando despacio mientras lo escuchaba. Habló sin parar. Nunca se había casado y vivía solo, o al menos eso dijo, viajaba por el departamento y la costa vendiendo electrodomésticos.

-No me va mal Juliana, gano lo suficiente para vivir bien.


Y con un suave apretón de manos:

-Sigo siendo un hombre muy vital.

Traté de recordarle el tiempo que había pasado, pero él solo se escuchaba a sí mismo y seguía con entusiasmo,

¿Te acuerdas de...?

Con los mismos dichos, gestos y ademanes de antes que ya le quedaban ridículos. Yo igualmente me sentí ridícula y fuera de



lugar en ese bar, escuchándolo. Con los años, lo que mamá decía pesaba en mi comportamiento; me pareció escuchar su voz.

-Juliana, usted es muy coqueta, píntese, póngase escotes hasta el ombligo, haga todo lo que quiera ahora que es joven, pero si llega a vieja hay qué tener mucha compostura y buen gusto, cuidado con la ridiculez.


De nuevo la voz de Carlos me devolvió a la realidad.

-Juliana, yo siempre estuve enamorado de ti, no sé por qué nunca te lo dije.

Todo esperaba, menos esa declaración, pues yo había ido al encuentro de un amigo de la juventud. Sentí rabia y tristeza, pensé en el significado de esas palabras que, pronunciadas años atrás, hubiese dado la vida por escucharlas; pero a estas alturas ¿qué importaba? Dudaba además de que fuese cierto lo que me decía; había sido el maestro del engaño y la zalamería, su manera de ser agradable y seductora le habían dado todo sin tener que pedir nada.

Pero... ¿por qué fui a esa cita?, ¿por qué el destino me devolvía a hechos y cosas olvidadas? De pronto sentí que mi tía Ema lo supo y nunca me lo dijo, ¿Por qué?, ¿acaso también ella?; lo seguí escuchando un buen rato acosada por los recuerdos pero ¿para qué seguir ahí? Tenía que irme, por supuesto sin ofenderlo, soy de una generación y una familia que trata a los varones con respeto; inventé una disculpa y me levanté para despedirme. Él apeló a su galantería, me dijo:

-Todavía eres muy linda... las canas te dan un aire distinguido.




Para mí eran sólo cumplidos y de todas maneras me despedí con la promesa de volverlo a ver; salí a la calle, tomé el primer taxi que pasó y llegué a casa sin darme cuenta. Hacía muchos años que no me sentía tan mal, como cuando se regresa del cementerio después de dejar allí a un ser querido; hubiese preferido que Carlos permaneciera en el lugar recóndito y privilegiado de mis más preciados recuerdos.

Esa noche di vueltas en la cama, mi mente y mi alma seguían lejos, habían regresado al Puerto, el de las ilusiones y los espejismos de la juventud, donde la vida, las personas, las cosas tenían otro olor, otro color, otro sabor. Volvieron a mi memoria los recuerdos...

“Mucho antes de iniciarse la exploración y colonización de la región de *La Magdalena* por parte del ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros y sus trabajadores, en el sitio que ocupa actualmente la ciudad de Puerto Berrío confluían ya todos los primitivos sistemas de transporte fluvial en rudimentarias pero abundantes embarcaciones, aprovechando que en lo que es hoy es malecón había una rampa hecha rústicamente por los nativos con inmensos troncos de árboles de madera resistente como ceibo, carroto y suribio, y reforzada por un terraplén delimitado por troncos de palma macadamizado con grava, arena lavada y canto rodado.

Sobre este atrevido muelle se realizaban las tareas de mercadeo tan animadas y productivas que, sistemáticamente, fueron constituyendo un verdadero mercado habitual entre las gentes ribereñas. Al iniciarse la navegación al vapor por el río Magdalena, este lugar se convirtió, por la profundidad de sus aguas, en un



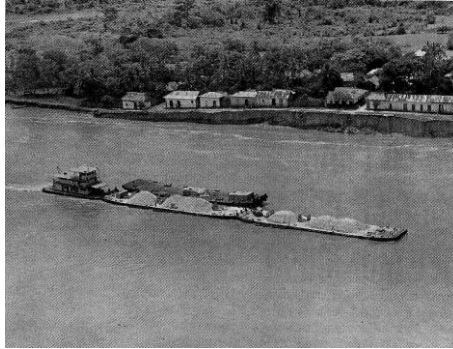
punto obligado de *leñateo*, o sea de aprovisionamiento de leña para los barcos.

En el primer croquis del curso del río Magdalena, hecho por el sabio Humbolt en 1805, aparece señalado este sitio con el nombre de *Remolino grande*, denominación derivada del movimiento giratorio que hacen las aguas al chocar con poderoso empuje contra la base de la montaña conocida aún como *El Abismo*, que con su peñón fronterizo a la corriente principal del río, hace que se devuelvan sobre su curso en graciosa curva, y forman un ancho hervidero conocido desde tiempo muy antiguo, con aquel nombre.”

Rubén Mejía Álvarez


Antioqueños jóvenes y emprendedores, junto con otros llegados de todas partes del país, construyeron el pueblo sobre una ciénaga. Estos colonos lograron que Puerto Berrío fuese la capital ganadera de Antioquia y el pequeño caserío de peones y empleados del ferrocarril creció vertiginosamente desde el 29 de octubre de 1875, fecha en que se colocaron los primeros rieles y lleva su nombre en honor al mandatario antioqueño precursor del mismo, don Pedro Justo Berrío.

Y Puerto Berrío no solo fue la capital ganadera del departamento; se convirtió en centro mercantil y turístico de gran importancia; en barcos de vapor modernos, remolcadores o lanchones de transporte, del río, y por supuesto el ferrocarril, entraban y salían sal, azúcar, panela cacao, algodón, cerveza, insumos químicos y muchos otros productos; para competir en su comercialización proliferaron en el pueblo agencias de compra venta y tiendas de abarrotes.



El muelle o malecón tenía rieles a la orilla por donde se movían las grúas que transportaban la carga desde los planchones de barcos y remolcadores a los carros monta cargas o *mulas*; del manejo de esta carga de o hacia las embarcaciones o las bodegas del ferrocarril se encargaba el sindicato de braceros; lo formaban trescientos miembros con excelente organización y poder ya que podían paralizar la región con una huelga; participaban activamente en la vida de la comunidad; su equipo de fútbol, llamado *el Cambray*, era representado por una hermosa madrina elegida cada año entre las más lindas y jóvenes de todos los sectores de la localidad; estos braceros y los motoristas de las grúas y montacargas eran controlados por *Adenavi*, empresa encargada de todos los asuntos del río a lo largo de su curso, incluidas las dragas y las lanchas dedicadas a la limpia del mismo y de la demarcación navegable de Barranca a Dorada con distintivos de madera que eran leídos e interpretados por los prácticos de cada embarcación; operaba en un edificio de tres pisos, construido al final del malecón.

Inmediatamente después, el llamado puerto de las lanchas en la playa del río y sin ninguna adecuación, allí arribaban el planchón o trasbordador con pasajeros, ganado y camiones que venían de




Puerto Olaya, al otro lado del río, en Santander, y las pequeñas lanchas que transportaban pasajeros, maíz y arroz que recogían en las laderas del río. Detrás del monopolio comercial de estos dos productos estaba la agencia con más poder económico del El Puerto, de su movilización hacia las agencias y las bodegas del ferrocarril se encargaban los carros de caballo, comúnmente conocidos como *flota cagajón*, los dueños de estos carros tenían sus cotereros para bajar y subir la carga como los braceros en el muelle.

Por lo tanto el movimiento en el puerto de las lanchas también era intenso, lo que aprovechaban los puestos de venta de caldo de pescado, *cucho* entre otros, que se decía terminaba con la infertilidad de las mujeres, aliviaba los malestares del guayabo y era afrodisíaco; los lugareños decían que cuando los turistas débiles lo bebían se desmayaban; los clientes hacían fila para comprarlo, lo servían en totuma y era delicioso con jugo de limón.

Carlos Mejía, el más alto empleado de la agencia de mayor prestigio, era cliente asiduo de estos puestos; muy temprano en la mañana estaba allí para beber el famoso caldo y enterarse de todo lo relacionado con el movimiento del maíz y del arroz que en la mayoría de los casos ya había negociado con sus dueños, anticipándoles sin ninguna prestación la mitad de su costo, apoyado por su jefe que, inteligente, a su vez confiaba en él y le daba libertad de acción.

Paralela al río una amplia avenida con edificios de no más de tres pisos donde funcionaba un activo comercio, pensiones-hoteles, agencias de compra-venta, tiendas de abarrotes y almacenes, estos últimos en su mayoría de propiedad de los turcos que tenían sus residencias particulares en los pisos altos. Esta zona comercial avanzaba dos manzanas en el pueblo, contaba además con dos



farmacias, el teatro Olaya, dos bancos, la Caja Agraria, bares, heladerías, el popular centro de diversión con pista de baile llamado *el platanal*, las oficinas del correo, joyerías y carnicerías.


En las manzanas de en frente del hotel, el antiguo edificio de la naviera, el Banco Comercial, el bar Ganadero, el bar Medellín y el edificio donde se alojaba el batallón de la Séptima Brigada.

En medio y en frente de estos edificios, el Hotel, la carrilera y el bar Taami, bonito, muy popular y con pista de baile y otro kiosco sencillo frecuentado por empleados del ferrocarril, braceros y carreros; seguía el conjunto de residencias del ferrocarril y la Central Telefónica, dos parques, el Palacio Municipal, la Alcaldía, el teatro Colombia con el kiosco del parque en frente, la iglesia, la escuela, las residencias particulares del resto de la población, sin ninguna característica especial, y el Hospital.

Hacia el sur, el dispensario antituberculoso, más residencias, seguidas por la zona de tolerancia que era extensa, la cancha de fútbol, la plaza de mercado, el matadero y, saliendo del pueblo, el cementerio.

Era época de bonanza económica, el dinero circulaba en abundancia, todo se negociaba, hasta los cupos de las bodegas, con los encargados de ellas, lo que ocasionaba grandes problemas y hasta tragedias. Si alguien quedaba mal y no otorgaba el cupo prometido, la plata involucrada era mucha.

Para mí la llegada de las vacaciones, era volver al Puerto, a la finca y las fiestas del hotel Magdalena donde había derroche de lujo y alegría; yo sentía pasión por el baile y los caballos, cuando tuve uso de razón ya sabía bailar y montar bien, la ilusión de estos viajes




hacía llevadera mi estancia en el internado de monjas; en noviembre empezaban los preparativos del viaje; mamá Luisa me mandaba con mis hermanos menores Alfonso y Juan a quedarnos con papá Gerardo en la finca; eran los comienzos de los movimientos guerrilleros de hoy y el campo había dejado de ser el lugar de trabajo seguro y tranquilo; si se consideraba que había peligro, permanecíamos en el puerto en casa de tía Ema, hermana de mamá.

Todo empezaba a las cinco y media de la mañana, en la estación del tren, en la plaza de Cisneros, que era un prelude del ambiente cosmopolita del *Puerto*, la gente llevaba otra ropa y se comportaba de manera diferente; hasta mamá dejaba de lado su seriedad habitual y muy sonriente respondía a los saludos de parientes y amigos, que se prolongaban con las consiguientes preguntas por la familia, la situación económica y las últimas incursiones de *la chusma* a las fincas y zonas rurales de la región; luego de comprar los tiquetes nos acomodaba en el vagón de primera y le pagaba a Chucho, el encomendero, para que estuviese al tanto de nosotros y comprara lo que se nos antojase de los vendedores de las estaciones y el almuerzo en el coche restaurante.



Aparte de cruzar el *Túnel de la Quebra* que estimulaba mi fantasía y me causaba una extraña emoción, lo mejor del viaje era el almuerzo; disfrutaba mirando el paisaje que dejaba atrás el tren, mientras esperaba que nos sirvieran; todo era limpio y la comida y la atención excelentes, por lo regular los señores importantes de *El Puerto* viajaban allí, yo ya me había enterado de que Carlos Mejía lo hacía ese día acompañado de algunos ganaderos y de Rafael Restrepo, mayordomo de *La Reina*, hombre distinguido, de una belleza apolínea, todo un dandy, más que mayordomo parecía dueño, su inseparable zurriago lo llevaba con la elegancia del bastón de un lord inglés; don Samuel Medina, gerente de Ecopetrol y muy amigo de tía Ema, decía con un poco de sorna y otro poco de envidia que Rafael se tenía que entrar a los zaguanes a descansar de la belleza; también era popular, pero no tanto como para hacerle sombra a Carlos, no era tan atractivo, además su compostura desentonaba un poco en esa tierra de emociones y pasión.


Yo, muy alta y acuerpada para mis 15 años y lejos de las severas miradas de las señoras de la familia, me complacía en exhibir mi



trigueño y bien formado cuerpo, complementado con una mata de pelo negro que desde los once años me negué a dejarme cortar. El almuerzo lo servían de las doce en adelante, así que a las doce y media estaba con mis hermanos en el coche restaurante y con la disculpa de un buen puesto me pavoneaba de lado a lado, todas las miradas vueltas hacia mí; Carlos levantaba la vista del periódico y me saludaba con su natural galantería, yo contestaba el saludo con aparente indiferencia, pero se me aflojaban las rodillas. En el ambiente más fiestero del departamento, donde imperaba la coquetería y la frivolidad, ninguna mujer era inmune al encanto de este hombre que ya era famoso por sus conquistas de todo tipo.

Yo, que pasaba largas temporadas al lado de mi padre y mis hermanos en un ambiente masculino de negociantes, ganaderos, vaqueros y peones, me movía con segura tranquilidad entre ellos, pero con Carlos era diferente, él tenía esa forma de acariciar con la mirada, sin atrevimiento, con él no encontraba nada que decir, pensaba en la desenvoltura y sensualidad de las mujeres que lo rodeaban y me sentía insignificante; no me di cuenta cuando, pero habíamos terminado de almorzar y regresamos a nuestros puestos.

El conductor del tren pasó revisando los tiquetes y con un guiño de ojos me dijo que estaba muy crecida y muy linda, le sonreí con coquetería y me di vuelta la cara para mirar por la ventanilla; a medida que avanzábamos cambiaba la topografía del terreno, adelante de Caracolí el aire traía el aroma de los potreros de tierra caliente, cerraba los ojos y aspiraba con fruición el olor del ganado pastando, levantaba la cabeza para mirar el gusanito del tren, las bandadas de garzas alzaban el vuelo, habíamos dejado atrás las montañas y todo era llanura hasta donde nos alcanzaba la vista, la calidez del clima la sentía en el corazón; pasamos Calera y Malena,




las dos últimas estaciones y podíamos divisar la cinta de plata del río adornando el paisaje como si fuese un regalo.

Después seguían *La Pizarra*, *La Morelia* y *El Pencil*, haciendas importantes por las cantidades de ganado que manejaban, las casas de la mayoría y los corrales estaban cerca de la carrilera, lo que facilitaba el embarque de los animales a las jaulas del tren. En temporada de vacaciones la gente de clase organizaba paseos a pie o cabalgatas muy animadas a estas fincas.

El tren entraba al Puerto por *La Milla*, caserío construido en la parte baja de *El Peñón del abismo*, se extendía a lado y lado de la carrilera cerca de la orilla del río y estaba formado por casuchas de madera y techos de paja, una que otra de concreto y techo de zinc separadas por cercos de caña brava, se adornaban con crotos, sanjoaquines y matarratones, estos últimos que daban sombra a las casas y mezclaban el perfume pegajoso de sus flores con los olores del río, tan gratos para mí.

La vida de sus habitantes estaba ligada al río y al ferrocarril, todos los pescadores, braceros, maquinistas, freneros y fogoneros vivían en *La Milla* o tenían una novia, una amante o un pariente allí; *el abismo* era parte de su entorno, pero también lo veían como un sitio macabro y peligroso, alrededor del cual se tejían todo tipo de historias y leyendas; en los corrillos se hablaba de entierros, suicidios, asesinatos o de embarcaciones que el remolino, formado allí por el río se había tragado sin dejar rastros y que en noches de tormenta y de luna llena se escuchaban sollozos y lamentos; nadie se aventuraba por ese lugar, de noche le temían a la fuerza de atracción de las aguas y a las almas en pena.



El único que no tenía miedo era el negro Bernabé, boga experto y otra leyenda; de mediana estatura y fornido, nadie sabía cuántos años tenía, pero su apariencia era juvenil, de pocas palabras pero con una voz grave y agradable, aunque saliese de pesca en época que no fuese de subienda, siempre obtenía pescado en abundancia; se decía que había hecho un pacto con el maligno y no solo pasaba cerca del *abismo* en su canoa y de noche, sino que, según se decía, allí desaparecía a sus mujeres cuando se cansaba de ellas; y nadie se atrevía a preguntar por las infelices, que por supuesto no eran de la zona y no tenían parientes que las reclamaran, pero tampoco podían probarle nada ya que el remolino no dejaba huellas y no había un valiente que se atreviese a seguirlo en sus correrías nocturnas cerca del temido y fatídico lugar.

Yo escuchaba sobrecogida estos relatos y otros mucho más reales y terribles, ya que junto a la bonanza económica se vivía en *El Puerto* la zozobra de los continuos ataques de la gente del monte a las fincas e incluso a algunas estaciones del ferrocarril, todos los días pasaba algo diferente y de forma truculenta. La muerte alevosa y la tragedia convivían con las fiestas, el lujo y la alegría; en el tren llegaban a un tiempo, negociantes, ganaderos, veraneantes y los cadáveres traídos de alguna finca o los cuerpos de soldados y policías caídos en emboscadas y en las semanas siguientes los llamados *carros fantasmas*, sacaban al amanecer uno o dos hombres de sus casas y los desaparecían, pero la vida seguía y la plata rodaba, nadie estuvo consciente de lo que apenas empezaba.

Para mí el problema era si podría ir, o no, a la finca; por mi mente no pasó que unos años más tarde, en ese mismo tren, llegaría el cadáver de mi padre asesinado.

Luego de un corto trecho sin construcciones, el tren entraba a la estación, a la derecha de las oficinas y bodegas del ferrocarril.

A la izquierda, el hotel Magdalena, que era el lugar de reunión de los privilegiados, personas prestantes de la localidad, turistas adinerados, gerentes y demás altos empleados de las compañías extranjeras que se alojaban allí todo el año.



Edificio de dos plantas en forma rectangular, ocupaba el espacio de una manzana; tenía un gran patio central adornado con palmeras, corredores interiores y exteriores y una amplia rotonda en la esquina del primer piso que da el frente al pueblo y al río; en la parte de atrás tenía una piscina con instalaciones para el servicio de bebidas; fue construido en una colina y sus laderas son los jardines con palmeras y árboles altísimos que, unidos a los ventiladores habaneros instalados en todo el hotel, daban al lugar una placentera frescura que contrastaba con el sofocante calor de El Puerto; estaba rodeado por muros de tres metros de alto, en su frente tenía dos anchas entradas con escalinatas de acceso y muros laterales; subiendo por estas escalinatas siempre experimenté una gran emoción y me olvidaba de todo con la música exuberante de las trompetas de las orquestas interpretando los porros de moda y


el olor del guano de miles de golondrinas que llegaban allí todas las tardes.



En temporada de vacaciones teníamos orquestas de Medellín y de la costa, aparte de las locales, una de ellas mi preferida con un nombre muy peculiar, *La peor es nada*; su cantante, fabuloso, era un negro alto y delgado apodado *agujita*.

Desde el siete de diciembre hasta el siete de enero anclaban en el puerto *El David Arango* y *El Atlántico*; cada uno viajaba con su orquesta, ir a bailar a los barcos me parecía romántico y fascinante y se disfrutaba de un ambiente cosmopolita, sofisticado y elegante.

La fiesta más importante del hotel, el treinta y uno de diciembre, era apoteósica; a la media noche, las campanas de la iglesia al vuelo, las sirenas de los barcos y remolcadores y los silbidos de las locomotoras, en especial *la de Patiño*, el que hacía los cambios de trenes, un experto en expresar sentimientos con el pito de su máquina, hacía estremecer de emoción a los porteños ya que tenía un sonido diferente para cada ocasión. Imposible describir la espectacularidad, el lujo y la alegría de esa noche.



El pueblo entero bailaba en los barcos, el hotel y los sitios de diversión; en los parques, kioscos y calles los que no tenían donde o los turistas de última hora que no habían encontrado alojamiento; todos disfrutando de un carnaval que no tenía nada que envidiarle a los de las capitales de la costa. Así terminaba y empezaba el año en la bien llamada en ese entonces *Antesala de Antioquia*.

Para El Puerto estas festividades eran muy importantes, representaban ingresos para gran parte de la población, se vivía por y para ellas; eran queridas por unos y temidas por otros, pues hacían y desbarataban romances y matrimonios, el dinero se derrochaba en el lujo de la ropa, licores y perfumes extranjeros que traían en los barcos; el hotel no hacía concursos de baile, pero los favoritos de la opinión eran dueños de la pista. Allí Carlos Mejía y yo hacíamos protagonismo, como buenos bailarines que éramos; momentos mágicos para mí, dejándome llevar en sus brazos al ritmo cadencioso de un porro y al oído su cálida voz:

-Bailas mejor cada día, eres una plumita.

Y al dejarme en la mesa con la tía y compañía, el suave apretón de sus manos, suficiente para alimentar los sueños de una semana.

El administrador del hotel y su esposa, eran una especie de primera familia, por encima en aprecio del cura, el alcalde y el comandante del batallón; ser recibido y atendido personalmente por ellos se consideraba un honor.

Precisamente en la acera del hotel nos esperaba la querida tía Ema; otra madre para nosotros y persona apreciada y respetada en la localidad por su civismo y conciencia social. A ella se debían obras como el hospital para los tuberculosos, sin recursos, y la guardería



para los niños de las mujeres *del barrio*, con una sala cuna para los enfermos.


La tía subía al vagón con el maletero para ayudarnos con el equipaje, su expresión alegre, su seguridad personal y el cariño con que nos acogía, eran la culminación perfecta del viaje.

En casa nos esperaba el abuelo Antonio, alto, corpulento y tan blanco que los años vividos en tierra caliente no lo habían curtido; tenía unas hermosas enormes manos y un estado físico y mental excelentes; era querido por jóvenes y viejos por su alegría y su conversación amena salpicada de anécdotas y chistes que actuaba.

En su juventud fue arriero y viajó con sus recuas de mulas de San Roque a Medellín, era el mayor de tres hijos de la matriarca de San Roque, Nicolasa, viuda de Cano, que administraba con mano de hierro su hacienda *La Pureza*; una de las más grandes e importantes de la región, que a su vez era punto de encuentro y avituallamiento de los arrieros; era la época dorada de la arriería en Antioquia, así que los destiladores de licor también lo llevaban a *La Pureza* para que los arrieros lo transportaran a Medellín, ellos de paso aprovechaban para beber en las largas jornadas; no era oficio fácil, además de cuidar las bestias tenían que herrarlas, hacer sus enjalmas y estar muy alertas para que los asaltantes de los caminos no les robasen la carga que les había sido encomendada



Las fondas por donde pasaban, poco a poco se convirtieron en prostíbulos rurales y ellos se hicieron famosos por parranderos y mujeriegos, pero un día, de vuelta en San Roque, el abuelo conoció a una mujer pequeña, culta y encantadora y se enamoraron. Vendió sus mulas y dejó todo para casarse con ella, que tenía fortuna y posición social, pero siguió siendo parrandero y mujeriego; con el tiempo y la mala administración se quedaron en la ruina. Aconsejado por Soledad Restrepo de Hernández, tía de la abuela y una de las fundadoras de El Puerto, se trasladó allí con su familia; luego de algunos fracasos como administrador de las propiedades de otros, retomó lo que mejor sabía hacer, fabricar enjalmas y herrar bestias y a este oficio se dedicó en cuerpo y alma desde que murió mamá Ana; eran de primera calidad, las hacía a buen precio y por encargo en un cuarto que alquilaba en frente de la casa. Herraba las bestias amarradas al almendro de la calle mientras entablaba animadas conversaciones con sus dueños. Yo me sentaba en la acera a escucharlos, fascinada; todo lo relacionado con el mundo de los hombres me hacía cuestionarme, ellos no se atacaban por nimiedades, al miedo y la debilidad no le daban



cabida, *los débiles no van a ninguna parte o terminan en el cementerio antes de tiempo.*

Y para corroborar esto papá, por el que yo sentía adoración siempre, me dijo:


-Negrita, no se preocupe por cosas terrenales y menos por plata, plata se consigue todos los días y el miedo no existe, de miedo se murió un gato.

Cuando visitábamos *La Gloria*, una finca de ganado y aserrios que teníamos en la región del *Ité*, para llegar a uno de los campamentos el camino era una dramática pendiente llena de rocas y altibajos que conducía a un pequeño valle; papá nos hacía pasar adelante y le daba un zurriagazo a la bestia de cada uno mientras nos gritaba

-¡Téngase de la cruz que va ladeado mijo!,

Por supuesto, no podíamos mostrar el miedo. Aterrada, no me daba cuenta qué hacían Alfonso y Juan; yo me agarraba de la cabeza de la silla, afianzaba los pies en los estribos y cerraba los ojos y no los abría hasta que no me sentía en terreno seguro. Desde entonces, cuando las complicaciones de la vida me hacen sentir miedo, cierro los ojos y me digo *Téngase de la cruz que va ladeada*. Siempre funciona.


La casa, muy pequeña, solo tenía dos cuartos; el de la entrada, con ventana a la calle, era a la vez sala de recibo y alcoba de tía Ema; el otro, más pequeño, era el del abuelo; seguían la cocina, un patio con lavadero y el baño; así que para nuestra llegada se alquilaba el cuarto contiguo a la enjalmería y se acondicionaba con colchonetas, ventilador y vasos de noche ya que eran cuartos ciegos, sin servicios.



Más tarde, luego del baño y un buen descanso del viaje, salíamos a comer en la pensión de doña Elvira Muñoz, amiga de la tía; por el calor y la falta de comodidades en la casa solo se preparaba un desayuno muy frugal; almorzábamos y comíamos afuera, lo que nos parecía una deliciosa novedad; si por alguna razón no podíamos o no deseábamos salir, nos enviaban a la casa los alimentos, en portacomidas, con un muchacho, lo que era conveniente para todos pues muchas personas devengaban su sustento gracias a estas costumbres. Además el servicio de energía eléctrica en *El Puerto* era muy deficiente, los negocios tenían pequeñas plantas y en las casas se cocinaba con estufas de petróleo y calentadores de gasolina, estos últimos muy peligrosos.


El abuelo y la tía vivían en forma modesta pero decente; del sueldo de ella, que aparte de su preparación de enfermera había hecho un curso de año y medio en Bogotá sobre el manejo de equipos de rayos X y enfermedades de los pulmones y manejaba con su jefe, el médico chocoano Alejo Ocoró, el dispensario antituberculoso; las entradas de papá Antonio eran para los gastos extras y el viaje que cada año hacía a Medellín para visitar a sus hijas casadas, su hermana Manuela y sus sobrinas que lo adoraban.

En los pueblos de tierra caliente como Puerto Berrío, la vida era nocturna y agitada; el calor agobiante hacía que los días transcurrieran en una especie de cámara lenta y solo salían a la calle quienes tenían que hacerlo por motivos de trabajo o por alguna razón especial. Las mujeres llevaban la inseparable sombrilla para protegerse del sol implacable, las vendían de todos los precios, vistosas o elegantes, según la posición social o económica de sus dueños. Al medio día lo mejor era una buena siesta de la que apenas estaban despertando a las cuatro o cinco de la tarde cuando



empezaba a caer el sol y a las siete u ocho de la noche, bañados o acicalados se lanzaban a la calle; a esa hora también estaban dejando las salas de cine los que habían asistido a la vespertina en el teatro Colombia, en un sector residencial, o en el Olaya, en un sector comercial; uno de los pasatiempos favoritos de los hombres, jóvenes y viejos, era irse a los sitios aledaños a ver salir a las mujeres *del barrio*, que luciendo sus mejores galas y por razón de su oficio solo iban al cine de las seis; las había de todos los tipos, rubias, perladas, morenas, trigueñas, venidas de todos los rincones del país, algunas de ellas hermosísimas como una que Jaime Santamaría, un negociante de caballos de paso fino, trajo del Valle del Cauca; blanca, alta y delgada, con cabellos negros ensortijados que algunas veces recogía en una moña, era como si Scarlet O'hara se hubiese salido de *Lo que el viento se llevó*, para vivir en El Puerto. Vestía con elegancia y tenía modales, le decían Katia pero ese no era su verdadero nombre; tenía veintiseis años y ya había desbaratado un noviazgo serio entre un teniente del ejército tan bello como ella y una señorita, linda, rica y jovencita. Día a día se terminaban relaciones de parejas estables y en la mayoría de los casos no había nada que hacer; para retener al hombre elegido, se recurría a cualquier medio.

El lujo de la ropa era increíble, por consiguiente la modistería era un oficio muy lucrativo ya que a la hora de vestirse no se reparaba en precios. Las damas de la localidad, muy a su pesar, tenían que competir con ellas en gracia, belleza y elegancia; los hombres de la sociedad porteña no se quedaban atrás, vestían impecablemente de blanco y a causa del calor y la vida nocturna se cambiaban de ropa a mañana y noche, así que lavar y planchar también era un oficio lucrativo. Miguel Ángel, el marica, era el más cotizado y el que más caro cobraba; era una persona muy agradable, buen




conversador y chistoso. Para parecer más blanco y cubrir los defectos de su piel aplicaba en su cara base y polvos muy claros, pero lo que lograba era un extraño tono gris.

Papá, que jamás criticó a nadie cualquiera que fuese su forma de vida o su oficio, disfrutaba de su conversación y reía hasta el cansancio con las historias que le contaba cuando iba a llevar la ropa del abuelo.

Las noches de El Puerto eran de un tono rosado, sin el calor intenso del día, era como si el sol se quedase escondido en los rincones, cualquier comida o bebida en los lugares de reunión era un placer, las noches eran el amarre de los días y como complemento estaba el trato cálido y cariñoso de sus bulliciosos y alegres habitantes.

Después de comer, papá Antonio se iba para la casa, Alfonso y Juan se perdían en busca de los amigos, tía Ema y yo íbamos de aquí para allá, siempre bien atendidas. La caminata terminaba en el kiosco frente al teatro Colombia, en una esquina del parque de la iglesia; allí me entretenía coqueteando mientras escuchaba en silencio las conversaciones de mi tía con sus amigas. Comentaban sobre los rumores más recientes, la comidilla de El Puerto era el próximo matrimonio de Regina López con Alberto Vélez, veinte años más joven que ella, todavía *de buen ver* como se decía entonces pero que parecía su mamá; muy enamorados iban de la mano para todos lados.

Alberto y su hermano, Eduardo, habían llegado hacía un año; instalaron una agencia de abarrotes y el negocio marchaba bien, pero el ambiente a su alrededor estaba al rojo vivo por cuenta del sonado romance; ella y su hermana Isabel, solteras las dos y con solvencia económica, pertenecían a lo mejor de la sociedad




lugareña, tenían una hermosa casa en el sector comercial más importante, a una cuadra de la avenida del río y diagonal a la agencia de abarrotes de los hermanos Vélez, lo que propició el romance; era un segundo piso, pues los bajos en ese sector eran negocios; la boda sería en dos semanas, la tía Ema escuchaba en silencio a sus amigas Melita y Rubí por respeto a la amistad que tenía con Regina, y solo comentó que, por supuesto, iría al matrimonio y que les deseaba lo mejor.

Pero Melita de Mejía esposa del gerente de la caja agraria y su crítica más encarnizada siguió:

-¿Te imaginas? me cuesta tener a mi lado en esta Sodoma a Ramón, ocho años mayor que yo, ¿cómo se las va arreglar Regina con un marido veinte años más joven que ella?

Y eso no era todo; Alberto no muy alto, blanco delgado y bien parecido, había despertado el interés de varias jóvenes que no se resignaban a que una vieja como Regina lo hubiese atrapado; a mí ella me parecía linda y distinguida, pero los que creían que la vida responde a un patrón de comportamiento no le concedían ningún mérito. Sin saber por qué, la situación de la pareja en cuestión me produjo desazón y sentí pena por ellos.

El otro rumor tenía qué ver con Carlos Mejía y me dió un vuelco el corazón; la que estaba enterada del asunto era Rubí Santacoloma, soltera como la tía pero un poco más joven, rondaba los cuarenta; el plomero que hacía trabajos en su casa y vivía en *La Milla* le contó que Carlos tenía una amante joven y bellísima pero de baja condición social y paupérrima; que trataban de ser discretos, ya que él no estaba interesado en compromisos y ella no quería estropear




su imagen de muchacha honesta y casadera; pero ya muchas personas se habían enterado y el rumor recorría *El Puerto*.

A sus 24 años Carlos era muy popular en la región y se le consideraba un buen partido; tenía uno ochenta de estatura, era blanco, delgado, de cabello muy negro que peinaba en forma relamida con raya a un lado, era atractivo sin llegar a buen mozo. Pertenecía a una de las mejores familias de Santo Domingo y había llegado allí en busca de fortuna personal, atraído por el auge económico de la región y lo había logrado ayudado por un talento natural para los negocios y un alto grado de simpatía personal.

Cuando lo conocí, ya había ganado el dinero suficiente para pertenecer al círculo de los ricos; en tanto que los señores jóvenes y viejos de El Puerto se dedicaban a pronosticar desgracias y a hablar de las matanzas de la gente del monte en las fincas de El Puerto y Santander, Carlos, que respiraba seguridad y alegría, solo pensaba que en la navidad vendría para el hotel la mejor orquesta de Barranquilla y dos de Medellín y todo eran risas imitando con las manos a modo de trompeta el ritmo del porro de moda; vestía con pulcritud, de acuerdo con las costumbres de El Puerto, camisa y pantalón blancos, zapatillas negras relucientes, pañuelo sin anudar alrededor de la nuca para que el sudor no estropeará el cuello de la camisa.

Caminaba en forma peculiar alargando mucho y muy despacio las piernas como con pereza, por lo que fue apodado *el perezoso*; sin embargo no era desgarbado. Los chismosos decían que el mote se lo habían puesto sus amantes porque se tomaba todo el tiempo del mundo para complacerlas.




De palabra fácil y halagadora sostenía, sin permitir que su ánimo decayera, una corte de admiradoras entre las muchachas bien, las del pueblo y las del barrio. Lo cierto es que tenía el mismo éxito en todos los sectores de la sociedad y al parecer sus amoríos no le ocasionaban ningún problema, era el invitado obligado a todo tipo de fiestas.

Los martes era natural verlo conversando con la tía Ema, los dos recostados al almendro en sendos taburetes de cuero, como es costumbre en los pueblos de tierra caliente; la amistad con ella le abrió las puertas al círculo de tertulias de los más cultos, como ingenieros de las compañías americanas, médicos, gerentes de los bancos, autoridades civiles y militares.

En vacaciones de mitad y final de año se le perdía por completo a sus asiduos de El Puerto y solo tenía ojos para las turistas que llegaban de Medellín y de la costa a hospedarse en el hotel Magdalena; de la pensión donde vivía en la avenida frente al río se trasladaba bien fuera al hotel a las nueve de la noche, hora en que empezaba la fiesta, a los lugares acostumbrados como heladerías y kioscos o a donde la novia de turno, si la tenía. No se le volvía a ver hasta que la última de las turistas salía del hotel y para entonces, con su natural simpatía, tenía lista una disculpa.

Todos estaban de acuerdo en que era un joven muy simpático y culto, siempre se había leído el libro de moda, sabía los últimos chistes y escuchaba, sin opinar, los chismes que según él no le interesaban pues con su vida era suficiente.

Esa noche, en el kiosco, mi tía no quiso escuchar más; estaba nerviosa y molesta, se despidió de sus amigas y nos fuimos a casa. Yo no pude dormir esa noche; al día siguiente iría a visitar a la única



de mis amigas que vivía en El Puerto, ella sí me contaría lo que tía Ema se negó a escuchar, probablemente porque ya lo sabía todo.

En la mañana le pedí permiso a la tía para salir; contestó que sí, pero con la condición de que los tres deberíamos estar en la casa para la hora del arribo del tren, ya que papá, que estaba en la finca de *Calera* llegaba ese día. Los muchachos dijeron que ellos irían a esperarlo a la estación.


Yo me fui a casa de Angelita Domínguez, que vivía detrás de la iglesia, cerca de la laguna; era una pelirroja menuda y vivaracha, muy linda y coqueta, unos meses menor que yo; tenía mucho talento para la modistería, que había aprendido de su hermana mayor. La encontré probándose un vestido verde seco de amplio escote, tipo princesa.

-Juliana, que alegría verte; mira, ahora sí me quedó perfecto este escote, me agacho y no se ve sino lo que yo quiero que se me vea; pero ven, siéntate, tengo cosas que contarte de tu amor y del mío.

Eran amores de la imaginación nuestra, nada real.

-Pero primero las malas: Bertha y Victoria no vienen, las dejan en Medellín; la mamá dijo que por los lados de la finca las cosas andan mal con la violencia y que no las iban a dejar solas en la casa de El Puerto, loquiando y gastando la plata con sus dos más locas amigas y por supuesto querida que se refería a nosotras, pero yo no creo que seamos locas, solo alegres.

Y sí, éramos vanidosas, coquetas y frívolas. Las tardes las pasábamos en el hotel, kioscos y heladerías de moda, nuestra vida giraba alrededor de los muchachos que nos gustaban; que si fulano o mengano habían llegado de Medellín o de la finca, que con quién



habíamos bailado y quien realmente nos interesaba y juntas teníamos qué decidir cuál era el vestido íbamos a usar en la próxima fiesta, repetir era un delito; en ese ambiente permisivo y tropical, éramos felices.


Si el hombre de los sueños tenía amante, o no, era común y corriente; prevalecían otros conceptos, la palabra machismo no se usaba y nosotras poco o nada cuestionábamos el comportamiento de nuestros hombres; crecimos escuchando frases que poco a poco nos marcaron como *la feura es un pecado que no se lo perdona a ninguna mujer ó el hombre es como el oso, mientras más feo más hermoso* y la tan mentada de los franceses, *la mujer debe ser una señora en la sala, cocinera en la cocina y puta en la cama*. De esta última Angelita decía:

-Lo de la señora es muy fácil, ya que es cuestión de seguir el ejemplo de mamá, a cocinar, pues se aprende; pero lo de putas lo veo difícil, ¿si no nacimos así, quién nos lo va enseñar?

Yo callaba, no tenía respuesta, además papá nunca les dijo putas si no consentidas y me enseñó a no juzgarlas y a tener compasión por ellas pues decía que ese era el mejor de los sentimientos, por liberador. Hablamos de muchas cosas, de los comentarios que había oído en el kiosco y de que había visto a Carlos en el tren y con él venía Rafael Restrepo; Angelita dio un salto de alegría.

-Entonces mañana vamos al hotel y al *Ganadero*, tengo locura por verlo y hablar con él, aunque solo sea dos o tres palabras.

Él era muy adulto para ella, tenía treinta y ocho años, pero ella repetía que no le importaba.



-¿Ó es que tu has visto un hombre más bello, fino y educado en El Puerto y sus alrededores?

-¡Claro que no, querida!, pero tengo entendido que anda tan enredado o más que Carlos.

Su carita se puso triste.


-Es verdad amiga, como que está encaprichado con una mujer casada; además, no sé si será cierto, pero me dijeron que nunca ha traído la familia al Puerto porque se avergüenzan de que sea mayordomo, pero que tiene esposa e hijos en Medellín.

Los ojos se le aguaron, le pasé el brazo por los hombros, tratando de consolarla.

-No te pongas así, no es el fin del mundo, ¿y qué tal que en estas fiestas conozcas a alguien que te lo saque del corazón?.

Lo que sería difícil, pues Rafael estimulaba ese amor cuando coincidíamos en bailes y reuniones, le alegraba el oído con zalamerías; pero después, al igual que Carlos, si te he visto no me acuerdo y si nos encontrábamos en la calle, apenas el saludo. Se enjugó las lágrimas y me tomó de la mano.

-Ven, vamos a mi cuarto, quiero contarte lo que sé de Carlos. Escuché a mis hermanos comentando que el asunto de sus amoríos es tan delicado que se tiene que ir de El Puerto, al menos por un tiempo ya que la muchacha es novia de un tipo muy peligroso y que la relación es tan en serio que tienen planes de matrimonio. La vida es una complicación Juliana, nosotras tan jóvenes y sin compromiso y lo único que tenemos son sueños.




De nuevo me quedé callada, estaba triste esas vacaciones, no parecía que fuesen a llenar mis expectativas, las ilusiones empezaban a desvanecerse. ¡Pero tenía qué irme, el tren estaba por llegar!

-Mañana me cuentas el resto, tengo el tiempo justo.

Camino a casa pensaba que sin Carlos no le encontraría gusto a nada. Papá, llegó esa tarde, lo vi venir con mis hermanos, radiantes por estar con él; a mí la alegría se me enfrió un poco porque me saludó como cuando estaba tomando, con un guiño de ojo casi cerrado y un *tan linda mi negra*. Lo miré con dulzura, me daba pena que se embriagara pues era el mejor padre del mundo, no había otro igual de querido y buen mozo, a ningún hombre le quedaban tan bien las botas, el sombrero y el carriel; era flaco y elegante como un gato y nadie montaba una bestia con la soltura y la naturalidad con que él lo hacía; venía con una silla de montar colgada al hombro; era un poco más alto que el abuelo pero no lo parecía, por delgado; soltó la mano de Juan y me abrazó, su aliento era de aguardiente, no quiso recibir ni un café.

-Estoy haciendo un negocio, voy para el bar Medellín por si me necesitan; en esta región todo está muy difícil, ya no se puede trabajar, voy a ver si compro una finca en San Juan de Urabá, allá me puedo dedicar al aserrío de madera mientras tanto; así mi negra que no hay viaje a la finca, lo siento. La semana pasada nos tocó con los trabajadores amanecer en el potrero con el ganado, matando zancudos; el mayordomo de una de las fincas vecinas recibió información y mandó uno de los vaqueros a alertarnos a todos de que la chusma venía y estaba arrasando, mataban a la gente, quemaban las casas y el ganado que no se llevaban lo desjarretaban; y no es que tenga miedo hija, bien sabe que no lo



conozco, pero no vale la pena hacerse matar, ellos son muchos y están enloquecidos, solo destruyen.

Volvió a guiñarme el ojo con una expresión de tristeza que no le había visto antes, y siguió.


-Yo no soy rico negrita, la gente así lo cree, pero solo tengo enredos; pídale a Dios que me vaya bien en Urabá y no me mire con esos ojitos, que todavía no me he ido y no estoy borracho, solo copetón y siempre voy a estar ahí cuando me necesiten, palabra de un Laverde.

Recordé cuando en la finca de Calera se iba a tomarse unos tragos a la estación y al regreso, cuando llegaba al lindero del monte, caracoleando el caballo, con el sombrero en la mano, lanzaba un grito que se oía en la casa y el eco repetía:

-¡ Ahí voy, ahí voy y si me muero, ahí voy !

Siempre lo sentí cerca a través de los años como si no hubiese muerto. Él no era trasnochador ni arrabalero; si tuvo amoríos, nunca lo supimos; a las siete u ocho de la noche iba con mis hermanos por él al bar Medellín, se venía con nosotros trastabillando pero alegre de vernos; ni borracho perdía la compostura, al contrario, era más cariñoso y generoso que nunca, sacaba los rollos de billetes del carriel y nos los ponía en las manos, nosotros aprovechábamos estos derroches; cómo me dolían estos recuerdos cuando se nos fue para siempre.


Tomó cuatro días seguidos, sin falta íbamos por él y lo llevábamos a dormir a la pensión donde se alojaba, y finalmente lo convencí de que se quedara acostado todo un día para que se le pasara el malestar del guayabo. Le daba ecuanil para calmarle los nervios,



pero estaba tranquilo, por lo menos en un año no volvería a la bebida. Aparte de repartir trago en el bar Medellín, hizo el negocio de la compra de tierra en Urabá, ya solo le faltaba dejar todo lo más organizado posible en las fincas de Calera y el Ité, que quedaban en manos de los mayordomos; pero estaba muy triste y a mí me dolía el alma de verlo así, presentí que la vida nos iba a cambiar y no precisamente para bien; tuve que recurrir al ecuanil que mi tía me había dado para él; ¿qué estaba pasando?, ya sabía que Carlos se iba un tiempo para Medellín, Angelita no era buena compañía en esos días pues su amado Rafael prácticamente corrió a esconderse en *La Reina* a ver si pasaba un poco los rumores de su romance con la esposa de un conocido comerciante de ganado y caballos, el escándalo había estallado y el marido ofendido tenía a su mujer encerrada y los que lo conocían, temían por la vida de ella; mi amiga también se encerró a lamentarse y yo no tuve más opción que acompañar a mi tía, que le estaba ayudando a Regina con los preparativos de la boda.

A ella también la noté preocupada, intuí que era por Carlos, su amigo, que tenía días sin visitarla; estuve atenta a ver de qué me enteraba, pero la tía era hermética, así que traté de entretenerme y de pensar en otras cosas. Adolfo, uno de mis enamorados de las vacaciones, apareció como caído del cielo para ayudarme, me gustaba mucho por su parecido con papá, hasta en la forma de montar; los Vargas eran famosos porque todos en la familia eran bellos hombres y mujeres, incluidos los viejos y todos se dedicaban al manejo de las fincas de ganado que tenían.

A los veinte años Adolfo era vaquero y de los buenos; yo lo veía cuando tenía novillos gordos para mandar a la feria de Medellín; para embarcarlos en las jaulas del tren, los traían de los corrales del




matadero, así que los arreaban a través de todo el pueblo gritando, ¡toro... toro!, para alertar a la gente, ya que era ganado cebú, usualmente agresivo, y cuando un novillo se derrotaba de la manada corría como loco por las calles causando pánico entre la población.

A media cuadra de la casa, cruzando la boca calle, vivía una mulata muy clara y exótica, alta, de ojos verdes y cabello rubio muy rizado, casi quieto; Moralia Rico muy era popular y no sólo por su rara belleza, sino por ser una de las que llamaban numeritos, más discretas que las mujeres del barrio y mucho más bien pagadas, su solvencia económica era evidente por el nivel de vida y el lujo de su ropa y se suponía que sabían todo y estaban de vuelta en todo lo que se refería a los hombres; una de esas mujeres que al pasar hacía que todos se dieran la vuelta para mirarla.

Los lunes, en El Puerto, eran días tranquilos en los que la gente apenas empezaba a reponerse de la parranda del fin de semana. Un lunes la escultural Morelia iba se paseaba con su lento y provocativo andar, llevaba un vestido azul, largo, estrecho y zapatos de tacón alto, al parecer disfrutando de la admiración de los casuales transeúntes; de pronto se oyó el grito de los vaqueros y la gente empezó a correr, ¡un novillo se había derrotado!, la casa de mi tía estaba antes de la esquina que era la proveeduría del Instituto Nacional de Abastecimiento y la casa de Moralia quedaba a tres casas de la esquina diagonal.

Al darse cuenta del peligro que corría trató de apurar el paso, lo que hizo más evidente y un poco ridículo el tongoneo de su cadera por la estrechez de su falda y lo alto de sus tacones y en vista de que el novillo prácticamente estaba encima del espacio que dejaban las cuatro esquinas, se quitó los zapatos y levantó su falda hasta la




cintura, dejando sus nalgas al viento para el deleite de todos, lo que le dio el tiempo justo para correr a encerrarse en su casa.

El novillo ya enlazado por Adolfo y otro vaquero, daba la vuelta a la esquina y fue a enredarse en el almendro, justo al frente de la ventana donde yo estaba mirando pasmada, fue por eso que me di cuenta que él no estaba entretenido con las nalgas de Moralia, sino que me miraba a mí; levantó un poco el sombrero con la mano en señal de saludo y mientras el otro vaquero maniobraba para desenredar el novillo del almendro, no dejó de mirarme dulce y apasionadamente con ese lenguaje de los ojos común también en los hombres de la región y antes de irse arrimó el caballo a la ventana y me pidió que nos viésemos esa noche en el parque en la acera de la casa de doña Herminia, tía de Angelita, que el sabía era mi amiga. Sin pensarlo le dije que sí.

Esa tarde le pedí permiso a mi tía para salir y me fui a casa de doña Herminia con la que a pesar de las diferencias de edad había entablado una buena amistad. Era una señora un poco extraña, no tenía amistades, ni empleada del servicio, ella sola manejaba su casa grande y lujosa; su marido, muy rico, poco tiempo pasaba con ella, prácticamente vivía con su amante, una mujer que sacó del *barrio*. Doña Herminia no lo mencionaba y cuando por alguna razón se refería a él, lo hacía con el nombre completo como si fuese un extraño, *Iván Jaramillo dijo... Iván Jaramillo hizo...*

Pero sin reproches, ni lamentos. Salía muy poco, solo a misa y a vespertina en el teatro Colombia. La iglesia y el cine le quedaban a unos pocos pasos, su casa estaba a un lado del parque, al costado izquierdo del frente de la iglesia y al costado derecho del frente del teatro, tenía cincuenta años y todavía era una mujer hermosa; cuando se arreglaba para salir parecía una artista de cine, sus




vestidos los copiaba de las películas y así los mandaba hacer; muy aficionada a la buena cocina, me invitaba a acompañarla a disfrutar de exquisitos platos y luego nos entreteníamos ensayando peinados y maquillajes.

Esa tarde estábamos mirando una revista de modas, cuando sentimos el sonido de los cascos del caballo de Adolfo en la acera, me despedí a toda prisa y salí; allí estaba él, recién bañado y con su ropa limpia e impecable, parecía un vaquero salido de una historia del oeste. Se me olvidaron mis preocupaciones, incluso Carlos; él se sentó de medio lado, con la pierna izquierda alrededor de la cabeza de la silla, me tendió sus manos y yo le tendí las mías, que él estrecho con fuerza; me invadió una sensación de bienestar y placer, siempre había pensado que mis manos eran muy grandes, pero las sentí pequeñas entre las de él, como si hubiésemos estado cerca toda la vida; el desasosiego de los días anteriores desapareció, me dijo que hacía mucho tiempo deseaba hablar conmigo, pero no se presentaba la ocasión.

-Muchas noches pasé frente a tu casa esperando verte, pero un día tu abuelo me dijo que no molestara con ese caballo, que si no sabía caminar; me reí con gusto de la ocurrencia del abuelo y le dije a propósito, "Yo tampoco te he visto de a pie, sólo a caballo" y también él rió. Creo que nací a caballo y camino como cualquier vaquero.

Hablamos de él, de su trabajo en las fincas; me contó que su padre y sus hermanos ya lo dejaban hacer negocios por su cuenta y lo respaldaban, que siempre había estado pendiente de mí y me había visto varias veces en el hotel, pero no se atrevía acercarse porque mi tía siempre estaba rodeada de gente importante, y a sacarme a bailar, menos, porque era pésimo bailarín.



-¡Qué tontería! -le contesté- te juro que no me importa si sabes o no bailar.

-¿De veras no te importa?

-No, y no te lo vuelvo a jurar.

Seguimos conversando tomados de la manos y el tiempo voló; doña Herminia salió y nos dijo que eran las nueve y media pasadas y me iban a regañar; se despidió a su pesar, al día siguiente se tenía que ir para la finca pero prometió verme lo antes posible. Al despedirse me besó las manos. Esa noche yo me acosté feliz; él, al parecer, se puso a beber porque me dormí escuchando el cascoteo de su caballo en la acera y en la calle.


El abuelo refunfuñó toda la mañana.

-¡Ese vaquero loco no me dejó dormir. Molestó hasta la una de la madrugada!

La tía también estaba molesta, ella tampoco había podido dormir, pero no me dijo nada. Desayunamos en silencio y antes de irse les dijo a Alfonso y a Juan:

-Cuando su papá llegue de la finca se van con él para Medellín, yo no me hago cargo de ustedes ni un día más; me contaron que todos los días se van a nadar al río y aunque ustedes no lo crean el Magdalena es muy peligroso, es mucha la gente que se ha llevado, incluso amigos muy queridos; lo siento, pero si no hubo viaje a la finca fue por motivos ajenos a mi voluntad.

Los muchachos estaban tristes, pero se quedaron callados, sabían que no hablaba por hablar; a mí me dijo que si iba a salir regresara



temprano, quería que todos fuésemos juntos a comer y después nosotras teníamos que elegir la ropa que usaríamos en la boda de Regina.

Yo sí salí, fui a casa de Angelita, la encontré de mejor ánimo a pesar de que no había tenido noticias de Rafael; estaba considerando seguirme el consejo de mirar para otro lado.


-Tu tienes razón, ellos son muy mayores para nosotras y quien atrapa a un hombre hecho y derecho es porque tiene experiencia; y nosotras solo somos una muchachas tontas.

-Perdona -la interpelé-, es verdad que no sabemos nada de hombres, pero tontas no somos, lo seríamos si nos sentásemos a llorar; vámonos para el kiosco del teatro Colombia, nos tomamos un refresco y vemos gente, que este encierro te va a matar.

Nos fuimos felices hablando como loras y nos sentamos en una mesa que daba frente a la alcaldía; eran las tres de la tarde, a esa hora no había muchos clientes, uno que otro, o los empleados del municipio que salían a tomar tinto; algunos de ellos se sentaron en una mesa contigua, Angelita me pellizcó y me dijo bajito:

-Mira, ahí está el novio de la mulata de Carlos, es el más moreno de todos. Qué casualidad.

Yo lo había visto varias veces allí mismo, me saludaba con una inclinación de cabeza, una vez me sonrió, tenía una dentadura blanquísima y sus ojos se cerraban por completo al sonreír; le había preguntado a mi tía quién era y ella me respondió en forma evasiva que un empleado del municipio; ahora sabía el por qué de su respuesta.




Angelita me dio el resto de la información; se llamaba Teófilo Mosquera, era laderano puro, de piel cetrina y ojos achinados que no miraban de frente, unos años mayor y más bajo que Carlos; también era respetado aunque por otras razones, misterioso en extremo y amigo de uno que otro bandido, inspiraba desconfianza y temor, también tenía muchos amigos en el ejército y la policía; don Jaime Acosta considerado en El Puerto un señor y muy amigo de Carlos, decía:

-Ese hombre es un bandido, es capaz de dejar viuda a mi mujer y huérfanos a mis hijos; solo hay que mirarlo, la cara le hace el sumario.

Los liberales lo tenían por un godo *corta cabezas*, sin embargo sus compañeros de trabajo lo apreciaban por serio, mesurado, de pocas palabras, que guardaba muy bien las distancias con los que no eran de su posición social y económica. Pensé que también era atractivo aunque de una forma rara y enigmática, la otra cara de la moneda; volví a mirarlo y de nuevo me sonrió, sentí miedo por Carlos.

¿Cómo era posible que él, que lo tenía todo incluida la mujer que deseara de entre las más lindas de la buena sociedad o la prostituta más solicitada de El Barrio, se hubiese ido a enredar con la novia de Teófilo? ¿o es que el mujeriego más querido de los porteños finalmente se había enamorado? ¿ella en qué estaba pensando?, era la novia y prometida en matrimonio de un hombre reconocido por su peligrosidad y estaba arriesgando no solo su vida sino la de Carlos, ¿o también ella se había enamorado y tanto como para cargar con el peso de las consecuencias?; ¿y a Teófilo qué le pasaba?, si era verdad lo que me acababan de contar, no era un hombre que le temblara la mano para empuñar un puñal o apretar un gatillo, ¿por qué a estas alturas de la situación, cuando los tres



estaban en boca de todos, no había hecho nada y se aguantaba?, ¿o es que ella, como muchas mujeres de la región, practicaba los tan mentados hechizos que dejaban a los hombres sin voluntad? Angelita me tomó del brazo para llamar mi atención.

-¿Que pasa querida?, te fuiste lejos.


-Disculpa, solo pensaba.

Nos quedamos charlando en el parque hasta las cinco de la tarde, luego nos fuimos a casa de mi tía, para que entre las dos eligiésemos el vestido que me pondría para ir a la boda de Regina; nos decidimos por uno de color rosa, en velo romano, que nos gustaba a las dos.

-Gracias querida por ayudarme, lo voy a llevar con los zapatos blancos de pulsera y medio tacón; me muero por comprarme unos de tacón alto, pero mamá dice que no tengo edad y no sabría caminar con ellos.

De regreso a su casa, la acompañé hasta el parque y quedamos de vernos en las novenas del niño Jesús.

Regina se casó el sábado diez y seis de diciembre en la misa de las cinco de la mañana; la gente había hablado tanto de su amor por Alberto que, según su hermana Isabel, ella prácticamente se había casado al escondido; a la ceremonia religiosa solo fueron las más íntimos y Eduardo, hermano del novio. Ella llevó un traje sastre azul claro que le quedaba muy bien con su corto y ensortijado cabello gris y sus ojos azules; Alberto estaba elegante, con un traje negro nevado de buen corte.




A la reunión, en casa de ella, sí asistió lo mejor de la sociedad porteña; fue una celebración muy sobria, con música suave y excelente champaña. La tía se estaba divirtiendo de verdad pues los allí reunidos eran sus amigos, especialmente tres de ellos, Samuel Medina, Jaime Acosta y Majin Restrepo, los dos primeros ya hacían gala de su famoso humor negro y Majin, primo de Barba Jacob, inspirado con la champaña, sacó a relucir su vena de poeta y me escribió un soneto aludiendo a mi ya marcada pasión por los perfumes:

*Los airosos movimientos
Completan los elementos
De una morena picante
Ninguna le va adelante
Ni en virtudes, ni en candores
Lleva siempre unos olores
Y en su sencillez, Juliana
Es la reina entre las flores*

Tía Ema, tan expresiva como siempre, lo celebró ruidosamente, y a mí el halago me dejó pasmada, solo atiné a darles las gracias pero guarde el papelito donde lo escribió como un tesoro.

Temprano en la tarde nos despedimos ya que estábamos pendientes de la llegada de papá Gerardo; volvió más animado y haciendo planes para la tierra de Urabá. Le gustaba tomarse dos o tres tintos, mientras yo le contaba lo que había pasado en El Puerto en su ausencia; rió con gusto con el cuento de Moralia y el novillo derrotado; de la boda de Regina con Alberto, un poco serio, dijo:



-Yo pienso que ese matrimonio no va a ir a ninguna parte, pero uno no es nadie para opinar y cuando la mula dice no paso y la mujer me caso, la mula no pasa y la mujer se casa.

Yo protesté:


-¡Papacito, nos estás comparando con las mulas!

.-Es un decir hija, sin ánimo de ofender -respondió.

Al día siguiente, se iba para Medellín y se llevaba a Alfonso y a Juan, que no se querían ir pero mi tía no se responsabilizaba más por ellos; ella y yo acordamos que me quedaría hasta el final de mis vacaciones. Me angustiaba la idea de no saber cuándo volvería a ver a mi papá, pero afortunadamente esa noche empezaban las novenas del niño Jesús y en las fiestas del hotel, con el baile, me olvidaría de todo.

Esa noche en el atrio de la iglesia, a la salida de la novena conversé con Angelita de los viajes de Carlos y Rafael, que también se habían ido para Medellín; parecía como si los dos hubiesen salido huyendo de los problemas en que se habían metido, una posición que no los favorecía y los dejaba muy mal parados a nuestros ojos; yo estaba ilusionada con Adolfo, pero Angelita se veía muy triste, cada una iría por separado con su familia al hotel y allá hablaríamos.

Las fiestas se iniciaban el siete de diciembre con la llegada de los turistas, pero para la gente de El Puerto empezaban oficialmente el diez y seis y ya no era únicamente para los privilegiados, sino para todos los que pudiesen darse el lujo de pagar los precios del hotel, claro que los primeros seguían disfrutando de los mejores sitios cerca de las orquestas; pero en lo que se refería al lujo de la ropa, no se podía decir que hubiese diferencia y de esa noche en adelante se




podía apreciar la belleza de las mujeres porteñas, que a más de uno habían desubicado, y de lo buenos bailarines que eran todos, haciendo honor a su muy bien merecida buena fama.

Nosotras llegamos con el doctor Alejo Ocoro y allí nos encontramos con el resto de los amigos de mi tía. Don Gilberto y doña Marta, administradores del hotel, nos recibieron y nos acomodaron en una mesa cerca de la rotonda donde estaba una de las orquestas; pidieron trago para ellos y un refresco para mí, que todavía no me dejaban tomar.

Pronto entraron en calor y la conversación se animó; por los comentarios que escuché, todos habían respirado aliviados por el viaje de Carlos, pues la fama de Teófilo era negra; pero sin él algo faltaba y como yo era su pareja favorita, esto hacía que echase a volar mi imaginación. Como a las once y media de la noche hubo un cuchicheo en la mesa, un grupo de personas acababan de entrar y estaban hablando con los administradores tratando de conseguir una mesa, entre el grupo distinguí a Teófilo y no me quedó la menor duda de que a su lado estaba su novia; era altísima y llevaba tacones altos, lo que aumentaba su estatura; él, sin ser bajito, lo parecía a su lado.

El bronce natural de su piel, sus grandes ojos garzos y la voluptuosidad de su hermoso cuerpo, respondieron los interrogantes que me hice cuando supe quién era Teófilo; además no se comportaba como una mujer de baja condición social, iba muy bien vestida y estaba tan consciente de su belleza que miraba y caminaba como si fuese una diosa; yo no tenía complejos ni era envidiosa, siempre me moví entre mujeres bonitas; mis tres mejores amigas eran más lindas que yo, por eso no me fue difícil




comprender el revuelo que se armó alrededor del ya famoso triángulo.

De nuevo las conversaci3n se anim3 y yo me refugi3 en mi pasi3n por el baile; y bailando estaba cuando algo atrajo mi atenci3n, era Adolfo parado cerca del comedor con su familia, que tambi3n estaba esperando por una mesa; 3l solo me miraba sin acercarse, pero eso no importaba, estaba all3, alto, delgado, con ese tono de piel tostada por el sol, el aire a mi pap3 y la mirada apasionada de sus ojos almendrados que exorcizaban todos mis miedos; miedo por el rumbo que iba a tomar la vida de mi familia, por el hombre que desde ni3a hab3a tratado de ense3arme a no tener miedo y por m3 misma; su cercan3a me hizo olvidar mis inquietudes y los l3os de *el perezoso* que al parecer eran solo de 3l, porque su amante bailaba aparentemente feliz con su novio.

Con Adolfo me vi varias veces en la acera de la casa de do3a Herminia,, a su lado siempre sent3 el mismo estado de bienestar y placer que el apret3n de sus manos fuertes me produjo la primera vez que hablamos; era sentimental y so3ador y ten3a esa arrolladora virilidad de los hombres que trabajan en el campo con el ganado y los caballos; tom3ndome las manos me hablaba de lo que ser3a la vida de los dos cuando 3l fuese independiente.

-Te har3 tan feliz que no vas a extra3ar nada de lo que tienes ahora y menos el baile, me dan celos verte bailar.

Algunas noches se pon3a a tomar y pasaba frente a la casa; el sonido de los cascos de su caballo me arrullaba. Pero los dioses del amor no estaban de mi lado y esa fue otra ilusi3n bella que se desvaneci3. La tragedia toc3 las puertas de la familia Vargas y nos separ3, o al menos eso fue lo que pens3, porque a3os m3s tarde,




cuando la vida de los dos habían tomado diferentes rumbos, la madre de Adolfo me buscó para decirme que él me había querido y me quería, pero que nada más pudo ocurrir entre los dos por culpa del orgullo de mi tía; yo me sorprendí porque nunca supe el cómo y el por qué, pero para el resto de mi vida el recuerdo de Adolfo Vargas estuvo acompañado de una triste sensación de pérdida.

Las fiestas siguieron su curso normal y la del treinta y uno de diciembre fue como siempre, la mejor; bailamos hasta el amanecer y mi tía y sus amigos quedaron de encontrarse en el puerto de las lanchas para reponerse del guayabo con el famoso caldo de pescado. Y allí estábamos reunidos cuando arribó el planchón con un camión lleno de ganado y trabajadores de las fincas de Santander; trajeron la noticia de que *gorra negra* había asesinado a Roberto, el mayor de los Vargas, en una finca que estaba montando en el kilómetro doce de la carretera de *El Carare*; también asesinó al mayordomo y a ocho trabajadores más, quemó la casa y las cosechas de maíz y arroz y desjarretó ochenta reses para que se murieran de hambre y gusanos.

A sus treinta años, Roberto hacía honor a la fama de bellos de los Vargas y era buen amigo y trabajador. Por tiempo largo *gorra negra* había sido peón en las fincas de la familia. Un día cualquiera, sin decir por qué, se fue y se unió a los bandoleros de la zona de *El Carare* y se hizo famoso por la sevicia y crueldad de sus ataques, ganándose así una tenebrosa fama. La familia para la que había trabajado varios años atrás volvió a saber de él en la peor de las formas.

Don Ricardo Vargas, temiendo por la vida de sus otros hijos, los obligó a trasladarse con el resto de la familia a una finca que tenían en Maceo; él se quedó al control de las fincas de El Puerto y




atormentado por la trágica muerte de su favorito y primogénito, juró vengarse y pagar cualquier precio para cumplirlo.

Lo primero que hizo fue rodearse de gente peligrosa, costara lo que costara, pero esto no era suficiente, así que fue hablar con Teófilo Mosquera para que lo ayudase en sus propósitos; inicialmente había que encontrar una forma segura de entrar a la finca de Roberto a recoger los cadáveres, para darles cristiana sepultura; para esto, Teófilo lo contactó con un ex sargento del ejército de apellido Pinzón, que había luchado contra Guadalupe Salcedo, un jefe de los bandoleros de los llanos orientales, también tristemente famoso por su crueldad. Él habló con el comandante del batallón y consiguió que una comisión del ejército escoltase a don Ricardo para entrar a la finca. Al llegar ya los cuerpos se estaban descomponiendo y tuvieron que rematar a bala al ganado que agonizaba.

Teófilo también lo puso en contacto con Manuel, que había sido chusmero al lado de *gorra negra* y sabía de sus andares. Cansado de la vida en el monte, se vino para El Puerto a tratar de cambiar y a trabajar en algo, pero no era fácil, la gente sabía quién era y le sacaba el cuerpo, así que para sobrevivir terminó haciendo en el pueblo y por encargo lo mismo que hacía en el monte.

En una cantina del *barrio* se reunieron Teófilo, el viejo Vargas y Manuel y acordaron que este último, por una suma muy alta de dinero, le traería la cabeza del asesino de su hijo, pero le advirtió:


-Sólo le pagaré cuando la tenga en mis manos y no me puede engañar, yo lo conozco muy bien porque fue mi peón.



Un tiempo después, en la trastienda de la farmacia Caribe, de propiedad de Joaquín González, Manuel, en presencia del mejor amigo de Roberto, del ex sargento Pinzón y de Teófilo, le entregó a don Ricardo, en una bolsa de papel con cal, la cabeza de *gorra negra*. Don Ricardo la tomó del pelo, la escupió, la volvió a meter en la bolsa, le pagó a Manuel y salió, nadie supo hacia dónde ni qué hizo con ella, tampoco nadie supo cuánto le pagó a Manuel, pero este último se perdió de El Puerto y nunca se volvió a saber de él.


Los últimos días de las vacaciones transcurrían tediosos, ya habían pasado las fiestas, Adolfo aún no regresaba, Carlos y Rafael seguían en Medellín y Angelita y yo nos aburríamos con nuestros programas cotidianos. Admiradores no nos faltaban, pero las atenciones y galanteos nos dejaban indiferentes pues a esa edad la ilusión del amor es muy fuerte; algunas tardes visitábamos a doña Herminia que, como siempre, nos atendía muy bien y se alegraba porque la distraíamos de sus preocupaciones, pues su marido apenas la visitaba. Nos contó que tenía sueños inquietantes y recurrentes que la dejaban muy nerviosa a ella, que siempre había sido una persona tranquila y que hacía tiempo había aceptado los problemas de su matrimonio, pero que por su religiosidad ni siquiera consideraba la posibilidad de una separación; con los años yo deduje que por las diferencias de edad, fueron muchas las cosas que ella nunca comentó con nosotras.

En el mes de enero, la canícula era insoportable en el muelle y los patios del ferrocarril; la temperatura pasaba de los cuarenta grados centígrados. El dos de enero, al medio día, una garrafa de ácido muriático explotó sobre los hombros de un bracero que por su afición a los tangos y el color de su ropa, zapatos y sombrero, llamaban *Gardel blanco*; nos contaron que era un negro alto, muy



bien parecido y de carácter alegre. El ácido que lo mató dejó sólo sus huesos, tan blancos como su apodo; los braceros, tristes y aterrados, se negaron a transportar el resto de las garrafas, que eran muchas, así que contrataron carretilleros, lo que ocasionó demoras y confusión ya que estos, temerosos a su vez, las manipulaban con mucho cuidado y, para completar, ese comienzo del año se había triplicado el volumen de carga que entraba y salía de El Puerto; en los patios y en las bodegas del ferrocarril se trabajaba hasta el amanecer, lo que aumentó la presión por los cupos que los abarroteros utilizaban para economizar en fletes y acarreos y obtener mayores ganancias, ya que empresas como Cervunión, Salinas de Zipaquirá, Azúcar Manuelita y otras, reconocían dichos gastos, así que la carga que permanecía allí no tenía que ir a la agencia y de nuevo otra vez a las bodegas; muchas veces salía directamente a las manos del consumidor, proporcionando grandes ganancias que se quedaban en los bolsillos del bodeguero y el encargado de la agencia; si llegaban tres mil bultos de sal de la Dorada, un 20% podía permanecer en bodegas. Los cupos se manejaban de acuerdo al volumen de carga que movían las agencias y los abarroteros y el porcentaje variaba de acuerdo a la habilidad de la persona encargada de negociarlo.

A sus veinticinco años, Hernando Posada era todo un personaje en El Puerto, no solo por ser uno de los bodegueros encargados de otorgar los cupos, sino por su habilidad para negociarlos con simpatía, sentido del humor y gran facilidad de expresión; llevaba a flor de labios el piropo y la copla para la mujer bonita o la trova para alegrar la vida de un amigo, pero también era altanero y pica pleitos; en una ocasión, teniendo un fuerte altercado con algunos braceros en el kiosco, frente al hotel, por una carga que le habían



acomodado mal, la tierra empezó a temblar; Hernando, de un salto, se tiró a la calle gritando:

-¡No temblés tierra, que no es con voz sino con esta manada de negros!

Hasta allí llegó el pleito, pasado el susto todos terminaron muertos de la risa.

El calor, el exceso de trabajo y la competencia entre las agencias y los pequeños abarroteros en la lucha por conseguir los cupos habían exacerbado los ánimos; Alberto Vélez había llegado al límite de su paciencia con Hernando Posada, pues estaba cansado de que, según él, le viera la cara de tonto como si fuera poco con las bromas y chistes que le hacía frente a los demás porque se había casado con una mujer que le doblaba en edad. Una y otra vez le quedaba mal con los cupos a los que tenía derecho; hasta ahora se había aguantado porque además de educado y compuesto era tímido, y de ninguna manera tenía la verborrea de los comerciantes; si tenía derecho a un cupo, eso era todo, no sabía convencer al bodeguero, y ofrecer plata, menos. Además ya él y su hermano estaban perdiendo mucho por culpa de los malditos cupos. Ese jueves, cuatro de enero, le llegó su mala hora y armado con un revólver Colt calibre treinta y ocho y con los bolsillos llenos de balas, se fue para las bodegas.

A las tres de la tarde Hernando estaba trabajando cuando llegó Alberto a reclamarle por un cupo que tenía para mil bultos de panela; aquel le contestó que sólo le recibía quinientos y discutiendo se salieron para la acera del lado del muelle. Alberto, ya ofuscado, le dijo:




-¡No sea hijueputa, el cupo es para mil bultos!

Hernando, sin pensarlo, sacó la mano y de un puño lo tiró a la carrilera. Desde el suelo, Alberto le disparó, le vació los seis tiros del revólver. Hernando cayó gravemente herido, las balas le dieron en el bajo vientre; se armó una terrible confusión, los braceros a toda prisa subieron al herido a un carro de caballo que era lo que había disponible y pidiendo paso a gritos, como en una improvisada ambulancia, se lo llevaron para el Hospital. Alberto con toda calma se levantó del suelo, se sacudió la ropa, recargó el arma amenazando a quien se le acercaba y se fue caminando despacio.

El incidente había ocurrido al final de las bodegas, unos corrieron detrás del carro que llevaba al herido y otros detrás del agresor, que seguía caminando tranquilamente; pasó por el kiosco del bar Taami detrás del edificio de *adenavi* y siguió hacia la avenida del río hasta las ventas del bocadillo veleño, giró a la izquierda y caminó otra cuadra, pasando frente a su propio negocio y a la casa donde vivía con su esposa Regina. Su mente, al parecer tan trastornada que no lo detuvo un pensamiento para ella; iba como un poseso, su suerte estaba echada; en la esquina de la farmacia Berrío cruzó a la derecha, fue a meterse a la agencia de Franco y Restrepo, avanzó hasta el fondo y se atrincheró tras unos bultos de maíz. Cuando lo vieron entrar armado, las personas que estaban allí salieron a toda prisa.

En el camino hirió a tres tipos más, pero ninguno de gravedad; la gente había dado aviso al batallón y media docena de soldados corrían tras él; uno de ellos, que lo seguía más de cerca, avisado por los curiosos, cuando llegó a la puerta de la agencia se tiró al suelo, apuntó y dispararon al mismo tiempo; al soldado la bala le pasó por




debajo de la oreja derecha hiriéndolo sin mayores consecuencias; el tiro del fusil le voló a Alberto la tapa de los sesos.

Alguien le avisó a Regina, que corrió enloquecida; nadie pudo impedir que llegase hasta donde estaba el cadáver de su esposo, a la fuerza se lo arrebataron para las diligencias judiciales y se lo volvieron a entregar al día siguiente. Yo fui con mi tía y sus amigas a acompañarla; esa noche estaba desolada, un manto de oscuridad había caído sobre la casa y la infeliz viuda, que era muy poco lo que había disfrutado de su amor en medio de las críticas y burlas de la gente, no hacía un mes que se la veía radiante de felicidad y rejuvenecida, saliendo de la iglesia del brazo del que ya era su marido; hoy, frente a la amargura de su muerte, no era más que una empequeñecida anciana.

La casa estaba llena de gente en prudente silencio, algunas señoras rezaban en la sala, el resto no tenía nada qué decir; la terrible muerte de Alberto más parecía un suicidio. Si el motivo de esa tragedia valía la pena o no, solo lo sabrían el muerto y el herido.

Eduardo Vélez contrató una avioneta para llevar el cadáver de su hermano a Medellín donde residía la familia; con él viajaron la viuda y su hermana Isabel, que ya nunca más volvieron al Puerto; sus parientes se encargaron de desocupar la casa y arrendarla. Eduardo regresó, pero solo permaneció en El Puerto el tiempo que tardó en vender el negocio; Hernando Posada estuvo tres meses entre la vida y la muerte pero se recuperó y volvió a su trabajo en las bodegas. Jamás volvió a mencionar el asunto.

Como si todas las fuerzas del mal se hubiesen desatado en El Puerto, a la resaca de desazón y falta de dinero que dejan las fiestas se le sumó otra tragedia; el seis de enero, en la horas de la mañana,




Doña Herminia se prendió fuego con un calentador de gasolina; desesperada, a los gritos, logró salir al parque pidiendo ayuda; para cuando los que acudieron en su auxilio lograron apagar el fuego ya era muy tarde; su cuerpo quedó horriblemente quemado, solo los testigos de lo que pasó la vieron pues su familia la veló con el ataúd cerrado. Inmediatamente se supo la noticia, las personas que conocían y trataban a Lucila, *la mona*, amante de Iván Jaramillo, dijeron que la mala bruja le había hecho un maleficio ya que estaba ansiosa por quitarla del medio para quedarse con el dinero de él y que le iban a costar muy caras las lágrimas derramadas en el velorio y entierro de doña Herminia.

Sus parientes no opinaban igual; según ellos lo que se decía era por creencias del pueblo que no compartían; ella había perdido la vida en un desafortunado accidente. Angelita y yo si estábamos seguras de que algo extraño y muy oscuro había tras la absurda muerte de la tía y amiga, estábamos tristes y nerviosas, nos tenían qué dar calmantes para dormir.

El viudo, pese a los ruegos y amenazas de su amante, no volvió con ella; al parecer, el fuego que consumió el cuerpo de su esposa lo liberó del poder que *la mona* había ejercido sobre él; a Lucila no le quedó otra salida que volver al barrio, pero los hombres se alejaban de ella con temor, el poder maléfico de sus hechizos perdió eficacia, ni sus compañeras de oficio la quisieron ayudar y tuvo que irse de El Puerto.

Este macabro suceso justo en el día del remate de las fiestas, dejó al Puerto asustado y sin ánimo de celebrar; la tía Ema me preguntó si me quería regresar, pero yo me negué, quería quedarme hasta el final de mis vacaciones, tenía la secreta ilusión de volver a ver antes a Adolfo.



Durante los días de la tradicional novena de difuntos tuve mucho tiempo para conversar con mi amiga, por eso me enteré que la amante de su bien amado Rafael se llamaba Elena y era la esposa de Darío Echeverri, un negociante de ganado y caballos que le compraba y vendía a *La Reina*, la finca que administraba; por eso se conocieron.


- Es joven y bonita, me siguió contando Angelita, muy a su pesar. El marido enloquecido por los celos por poco la mata, pero al parecer le pudo la cordura y llamó a los hermanos a Medellín para que viniesen por ella; les dijo que todavía la quería pero era incapaz de perdonarla y no se quería manchar las manos de sangre. Rafael al parecer tuvo miedo y otro mayordomo llegó a La Reina.

Gracias a la dorada juventud, todas estas tristezas eran llevaderas; a mí me animaba la esperanza de ver nuevamente a Adolfo, pero mi querida amiga seguía perdidamente enamorada de Rafael y esto con el tiempo tendría sus consecuencias.

Los días siguieron trascurriendo lentamente; el trágico comienzo del año pesaba en la mente de un pueblo que pretendía olvidar sus problemas con la fiesta y el baile; pero como siempre, algo pasaba, y otro rumor vino a sacar de su letargo a los apesadumbrados porteños. Teófilo Mosquera estaba haciendo los arreglos necesarios en la parroquia para casarse cuanto antes con su novia Teresita Pulgarín. La tía Ema decía a sus amigas:

-Es lo mejor que puede ocurrir para que ese episodio termine felizmente. Ya hemos tenido suficientes tragedias.

Pero Carlos, que estaba por regresar, ¿qué pensaría? Con su viaje los comentarios habían cesado, pero yo sabía, desde que vi a



Teresita en el hotel, que era una de esas mujeres que los hombres no olvidan fácilmente.

El despertador sonó, eran las cuatro de la mañana, necesitaba tiempo para poner la mente en forma; hacía dos semanas que estaba en Medellín en uso de vacaciones que había pedido en forma precipitada buscando tranquilidad y una respuesta a los interrogantes que se hacía desde que conoció a Teresa.

Sentía que su madre no le facilitaba en nada las cosas insistiendo en que debía dejar esa tierra de perdición, donde las mujeres embobaban a los hombres; su novia en Medellín, una prima suya, se la signó su familia como era común en aquel entonces, decisiones que se respetan, también lo estaba presionando:

-Papá dice que tres años de novios es suficiente, yo tengo dinero de sobra y no tienes qué seguir en ese moridero.


A ambas les había contestado con cariñosas evasivas. En eso él era todo un experto. Después de media hora ordenando sus pensamientos, decidió adelantar su regreso al Puerto. Se levantó y fue a la ducha, el agua helada lo reconfortó y dio comienzo al rito de una hora de todas las mañanas; le gustaban los baños largos, costumbre adquirida con el calor del Puerto; con los ojos cerrados, dejando caer el agua, planeaba todo lo que haría en el día, desde los negocios hasta las posibles conversaciones con los amigos o la amante de turno. Cuando terminó de vestirse se miró al espejo, satisfecho, y guardó en un maletín las pocas cosas de uso personal que necesitaba. Salió a la calle sin hacer ruido y tomó un taxi que lo llevó a la estación del ferrocarril.



Mientras hacía la fila para comprar el tiquete, se sintió otro; en Medellín Carlos no era nadie, no le gustaba el frío y menos usar saco y corbata. Camino del tren amigos y conocidos lo saludaban con efusión; faltando un cuarto para las siete, estaba sentado tomando tinto y leyendo el periódico en el coche restaurante; para él, don Carlos Mejía Restrepo, había servicio desde antes que partiera el tren; si no había contratiempos en el viaje, a las cuatro y media estaría llegando.

Cuando terminó de leer se acomodó para dormir un poco, como de costumbre, pero fue inútil; allí estaba otra vez, Teresa que no encajaba en su mundo, ni estaba en sus planes para el futuro, pero en quién no había dejado de pensar desde que la vio por primera vez. Él, que se reía de la vida y decía que eso del amor era para los poetas, cerró los ojos y evocó su belleza morena.

La vio por primera vez un domingo en la mañana. Estaba en el *Café de Perucho*, ubicado en la esquina diagonal a la casa de empleados del ferrocarril frente al parque del palacio, en compañía de don Jaime Acosta y dos compañeros de la agencia, sentados en una mesa junto a la puerta del café, cuando la vieron venir en su paseo dominical de antes de misa de diez, disculpa más que devoción utilizada por las bellas y ricas para exhibir sus atributos y mejores galas.



Tan alta como él, llevaba un vestido de algodón blanco estampado a flores amarillas, el corpiño ceñido y el escote profundo resaltaban los senos más hermosos que había visto, calzaba zapatos blancos de tacón alto y la falda se movía en forma provocativa con el contoneo de sus caderas, llevaba el cabello recogido en una apretada trenza que anudaba en la nuca; al pasar por la acera del café los miró y les sonrió, mostrando una dentadura perfecta. Carlos sintió un vacío en el estómago y, perplejo, se levantó de su asiento ¿Cómo es que no había visto antes a esa hermosura de mujer? Don Jaime ya estaba a la puerta del café con el sombrero en las manos y el piropo en los labios:

-Adiós diosa de ébano, encanto tropical, le dijo don Jaime.


El perezoso estaba embobado mirándola.

-¿No dizque odiás a los negros?, le dijo a don Jaime.

-A los negros sí mi querido amigo, ¡pero a las negras las adoro!.

Se oyó el coro de risas. Carlos salió apresuradamente detrás de ella, sin preocuparse por pagar la cuenta; de tanto en tanto ella miraba hacia atrás coqueta y segura; él se sintió arrastrado por una extraña fuerza que para nada le gustó pues, cuando se trataba de mujeres, siempre había sido dueño de la situación o al menos se podía controlar. En todo caso jamás había sentido nada parecido al ver a una mujer.

Esperaba en el atrio a la beldad su novio. Sin perderlos de vista un solo segundo Carlos disimuló lo mejor que pudo conversando con la tía Ema, entraron al templo por la puerta de la izquierda pero se quedaron de pie en la nave central cerca de la salida; él se quedó a




prudente distancia, sin dejar de mirarla y ella le coqueteó por encima del hombro del novio que asistía a la misa con devoción.

El novio, en palabras de don Jaime, era, además de asesino, camandulero. Carlos empezó a sentir un desasosiego parecido al miedo y salió antes de que terminara la misa, fue a tomarse sus acostumbradas cervezas al *Bar Medellín*, sitio de reunión de comerciantes y ganaderos, pero ese día no tenía nada qué decir; se sintió extraño entre sus amigos y decidió ir a encerrarse en la pensión donde vivía, a cuadra y media del lugar donde laboraba y a cinco del hotel Magdalena, que era algo así como su cuartel general.

Bruscamente el conductor del tren lo devolvió a la realidad llamando la atención de los pasajeros para que permanecieran en sus puestos, pues estaban próximos a pasar el túnel; Carlos se levantó y fue al baño a mojar un pañuelo para taparse la boca y la nariz, se acomodó de nuevo en el asiento y con una tristeza desconocida para él, retomó el hilo de sus pensamientos.

Parecían parte de un lejano pasado aquellos días felices, cuando era el frívolo rey de las fiestas del hotel y de las tertulias de la gente culta y adinerada; hasta las visitas de los martes a la señorita Ema las había suspendido y temía que ella, con su natural suspicacia, se diese cuenta de que ya no era el mismo, que no controlaba ni sus pensamientos.

Dos semanas después se levantó más temprano que de costumbre y se fue a buscar a Ramiro, el carrero, buen amigo suyo y que se las daba de conocedor de mujeres; lo invitó a tomar un tinto en el café de al lado de la agencia y empezó a interrogarlo.



-Alguien así, don Carlos, solo puede ser Teresita Pulgarín; es la mujer más hermosa que Dios puso en esta región y –dijo, bajando la voz-, es la novia de un tipo muy peligroso.

Carlos lo interrumpió.

-Eso no me interesa Ramiro, hábleme de ella.

-Bueno patrón, le hago un cuento largo corto; es hija del negro José, que un día regresó de una de sus correrías con una mujer blanca y bonita, sin decir a nadie quién era ni de dónde venía; la llevó vivir a la casa de su hermana, al año nació la niña y la madre murió cuando Teresita tenía diez años, pero la dejó educada como una dama, la había hecho estudiar con las monjitas de la Madre Laura. La niña quedó entonces al cuidado de la tía, que murió hace sólo dos años; ella ahora tiene dieciocho, cuida del papá, de la casa y de la tienda que tienen allí mismo. José sale dos o tres noches de pesca con Bernabé, lo que les ayuda un poco ya que el negocio no da para mucho; el lujo de Teresita lo paga el novio.


Ramiro hizo una pausa para preguntar:

-¿No estará pensando en ella don Carlos? Perdone, pero a usted le sobran las mujeres, yo me atrevería aconsejarle que se olvide de ella, además usted no es hombre de pelea.

-Eso es problema mío Ramiro, le respondió con desacostumbrada brusquedad, y volvió a insistir:

-¿Usted sabe dónde vive?


-En una de las últimas casitas de *La Milla*.



Se quedó en silencio, pensando en la miseria de este barrio, que era precisamente la entrada al Puerto. Tuvo qué pagarle caro a Ramiro, que le temía a Teófilo, para que le llevara razones a Teresa; y también pagarle caro a Patiño, que hacía los cambios de trenes de diez de la noche a dos de la madrugada, para que lo llevara y lo trajera dos noches por semana, cuando el negro José, el papá de Teresa, salía de pesca con Bernabé.

¡Cómo dolían los recuerdos! A pesar del calor sofocante dentro del vagón del tren, un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo de sólo pensar que ya podría ser muy tarde para volver con Teresita; qué poca importancia tenían en ese momento los prejuicios de su madre y los reclamos de la novia, solo contaba la amarga realidad de lo que había hecho; al dolor y la desesperación se le unían la sensación de pequeñez y de impotencia.

La tortura de los recuerdos continuó. Se habían visto a escondidas durante dos meses, a las nueve y media de la noche; salía sigilosamente de la pensión donde vivía, daba un rodeo por el muelle para llegar a las bodegas del ferrocarril, tomaba el tren de Patiño y en pocos minutos estaba en *La Milla*, el maquinista disminuía la velocidad para dejarlo a corta distancia de la casa de ella, que quedaba del lado del río, se metía por detrás de los solares ayudado por la oscuridad y entraba por la cocina que era destapada y contigua al cuarto de Teresita. Toda la casa era de tierra apisonada, muy limpia y, con excepción de la cocina, cubierta con esteras a modo de alfombra. El cuarto era pequeño, tenía una ventana que daba al río, una cama con mosquitero, una cómoda y un tocador rústicos y un aguamanil, el único detalle de mal gusto eran las flores de papel plateado que adornaban la imagen del *Corazón de Jesús*. Del lado de la carrilera, al frente de la casa, estaba



el cuarto de José y otro, más pequeño, una especie de zaguán con la puerta de entrada y una ventana por donde atendían a los clientes de la tienda que tenían allí.

Teresita lo sorprendió con una voz suave que le calmó los nervios; toda ella sensualidad, lo había tomado de la mano para obligarlo a entrar ya que él se había quedado pasmado en la puerta.

-Entre, don Carlos.

Dijo con respeto, sin asomo alguno de servilismo; tenía la seguridad de las mujeres que se saben bellas.


-Con cuidado –continuó-, no hagamos ruido, he esperado mucho este momento y quiero disfrutarlo.

Estaba tan cerca que su aliento y su perfume lo dominaron. Ella seguía hablando.

-Quiero que sepa que soy virgen.

Carlos pensó por un instante que sería mejor darse la vuelta y dejar las cosas así, pero ella no le dio tiempo de reaccionar; se abrazó a él, con suavidad lo hizo tenderse en el suelo y empezó a desvestirlo despacio; sus manos eran suaves, las uñas largas. Ella luego se desvistió, lentamente, con coquetería; desnuda era mucho más hermosa y menos morena y ya no le importó la pobreza que la rodeaba.

Extasiado, mirándola, la dejaba hacer; para reponerlo de la fatiga amorosa ella le frotaba el cuerpo con una toalla húmeda, contándole bajito todo tipo de historias a veces chistosas. Carlos rió con gusto escuchando la versión que ella, alegre y zalamera, tenía



acerca de sus aventuras con las mujeres del barrio y algunas señoritas de El Puerto; a su lado no sintió el tedio y el afán de marcharse que lo acosó con otras mujeres; ella era cálida, apasionada, diferente, hablaba en el momento justo y tenía sentido del humor; le reconfortaba; varias veces el silbato de la locomotora de Patiño lo despertó de un sueño plácido; vivió solo para esos encuentros, hasta el día en que Teresita le dijo que estaba embarazada.

Sintió vergüenza al recordar su comportamiento, se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ponerse a llorar allí, en el tren, delante de los otros pasajeros. La pasión se le había enfriado de pronto y la dejó esperando; Teresita suplicó, juró que nadie sabría de quién era el hijo, le mandó razones, desesperada, con Ramiro; él, en medio de una confusión de sentimientos, se portó como un cobarde y la respuesta a sus súplicas fue:

-Olvídese de mí, me voy para Medellín y no sé cuando regreso.


De nuevo el conductor del tren lo sacó de sus pensamientos.

-Don Carlos, su tiquete, estamos llegando.

Se había sentado del lado derecho esperando verla en la tienda, mientras se decía:

-Qué carajos, le voy a pedir que me perdone y nos vamos lejos; tengo plata suficiente, la vida sin ella no vale la pena.

Pero la ventana y la puerta de la casita estaban cerradas; la angustia se apoderó de él, se volvieron horas los minutos que el tren tardó en llegar a la estación; bajó rápidamente y fue en busca de Ramiro que



a esa hora se reunía con los amigos a tomar cerveza en el Kiosco, frente al Hotel. Ramiro lo vio venir y le salió al encuentro.


-Qué hubo, don Carlos, venga lo invito a tomarse un aguardiente, porque le va a hacer falta.

Carlos entró al kiosco seguido de Ramiro, fue a sentarse en la mesa más retirada de las personas que se encontraban allí, pues sintió todas las miradas fijas en él; pidió un aguardiente doble, las manos le temblaban cuando se lo tomó. Ramiro se había sentado cerca de él y empezó a contarle lo sucedido en su ausencia. Carlos lo escuchó como en un mal sueño.

-La relación de ustedes dos no eran ningún secreto, sólo que se comentaba en voz baja por la peligrosidad de Teófilo y por el aprecio que todos le tenemos en este puerto, don Carlos; pero dicen que él estaba enterado de todo y a usted lo daban por muerto, respiramos aliviados cuando se fue para Medellín y nadie entiende por qué Teófilo no lo mató antes, ya que el hombre era malo y bravo; y digo era porque suponemos que él y Teresita están bien muertos en el fondo del abismo.


Hizo una pausa, Carlos se levantó del asiento con el rostro lívido y las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Pidió otro doble mientras *el carrero* continuó.

-Una semana después de su viaje Teófilo y Teresita se casaron, el viernes doce de enero; el coronel, como un favor, le pidió al padre Tobón que lo hiciera sin correr las amonestaciones, la novia estaba bellísima y Teófilo parecía contento, la fiesta fue en su casa, llevó orquesta y sobró el trago; allí estuvieron el alcalde, el coronel y el mismo padre Tobón. A las diez de la noche se soltó el aguacero,



una verdadera tormenta de verano; el cielo estaba roto, no recuerdo nada igual, a las dos de la madrugada los novios se fueron supuestamente para la casa de ella, los invitados que quedaban estaban tan borrachos que no se dieron por enterados; al día siguiente José, que amaneció donde Bernabé, fue a buscarlos a la casa, pero estaba vacía. Los buscó donde los amigos y conocidos, pensiones y hoteles y nada, entonces se preocupó y pidió ayuda, pues empezó a temer por la vida de su hija debido a la reputación del yerno y porque el pobre viejo también estaba enterado de todo. Averiguó en la estación y en el puerto de las lanchas por si alguien los había visto salir de viaje, pero nadie dio razón; cuando se regó el cuento, vinieron unos vecinos de las casas aledañas al abismo y le dijeron a José que de madrugada escucharon gritos y llantos de mujer, pero les dio miedo salir por la tormenta, que apenas empezaba a calmarse y por el terror que le tienen a los fantasmas de *el peñón*. José salió entonces con Bernabé, que es el único que se atreve a cercarse al remolino, pero no hallaron rastros. El ejército y la policía han estado patrullando el río en busca de los cuerpos, pero todo ha sido inútil.

Carlos permaneció un rato en silencio, luego pidió otro doble y se lo tomó, estaba aterrado, pensando que no iba a ser capaz de vivir consigo mismo. La venganza de Teófilo había sido terrible, entonces entendió por qué no lo había matado, dejándolo muerto en vida; le dolía la compasión en los ojos de Ramiro, se levantó para marcharse, todas las miradas seguían puestas en él, no supo si con odio o con lástima, y como un escarnio en el piano se escuchaban las voces de Ibarra y Medina: *Mi bien, si esto es amor, qué voy a hacer...*



El Puerto se quedó indiferente ante el regreso de Carlos. Esa tristeza que reflejaba no le quedaba bien, después de haberse portado como un cobarde; Teófilo, al menos, antes de acabar con sus vidas le respondió a Teresa como un hombre.

Los cuerpos nunca se encontraron, algo natural pues el remolino no dejaba rastro de sus víctimas.

Carlos no volvió a ser el mismo, los que tenían contacto con él decían que parecía un ánima en pena y cuando no estaba trabajando deambulaba por el muelle y el puerto de las lanchas preguntando a los viajeros si habían visto a Teófilo o a Teresa; no aceptaba la idea de que estuviesen muertos.

Por mi parte nunca más volví hablar con él y perdí la esperanza de que Adolfo regresase antes de mi viaje a Medellín, que mi tía programó para el treinta de enero, pues a mediados de febrero estaría de vuelta al internado, otra vez al rigor y la disciplina de los rezos y el estudio.

Volver a Medellín era ya otra cosa, la ciudad me pareció más triste que nunca, el tren arribó a la estación de Cisneros en una tarde fría y lluviosa a pesar de que enero no es un mes de lluvias, casi como si el destino se empeñara en recordarme que la vida inexorablemente también es oscura y fría.

Releí el manuscrito en más de una ocasión; a pesar de la nostalgia, regresar a aquella época de mi vida había sido grato y también sano, pues me permitió saldar lo pendiente y apaciguar aquellos demonios del pasado.

Finalmente, y en medio de todo, fue importante saber que en aquel entonces Carlos se hubiese sentido atraído por mí.



Fotos

1. Cubierta. Carlos Rodríguez
2. Encabezado y contracubierta. Puerto Berrío. Manuel A. Lalinde. BPP
13. Remolcador. Rubén Mejía Álvarez
17. Túnel de La Quiebra. s.d.
22. Hotel Magdalena. Rubén Mejía Álvarez
23. Personas reunidas en el Hotel Magdalena. Francisco Mejía
26. Arrieros. s.d.
67. Estación Cisneros, Medellín. s.d.

TREN AL PASADO
RELATO DE UNAS VACACIONES



ISBN: 978-958-44-7396-7